

LA FIESTA DE SAN ANTONIO Y SONES DE NEGRO EN CABUDARE. DE UNA MODERNIDAD A OTRA

THE FEAST OF SAN ANTONIO AND SONES DE NEGRO IN CABUDARE. FROM ONE MODERNITY TO ANOTHER

Montero, José Ignacio*

Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Venezuela

Resumen

Las manifestaciones culturales son en síntesis la más clara expresión de la identidad de un pueblo, sobre todo cuando esta se expresa en forma de fiesta, y en la Región Histórica Barquisimeto en el Centrooccidente de Venezuela, se realiza una de las más emblemáticas, con una data de celebración de más de cuatrocientos años. En este sentido, con base en el enfoque teórico conceptual de la Escuela de los Annales con la historia social, historia global o historia síntesis como norte en su construcción y los aportes de la interdisciplinariedad. Se propone como objeto de investigación a nivel cultural, aproximarse a la reconstrucción de parte de la historia social de la fiesta de San Antonio y los sones de negro en Cabudare, ubicado en el Municipio Palavecino del estado Lara, considerando una óptica antropológica y sociológica, dada su naturaleza, ya que en esta fiesta, se expresan representaciones simbólicas e imaginarios sociales de diversos orígenes. Estudiar el papel jugado por la familia Yépez Gil en la divulgación de esta fiesta y sus vinculaciones con el cultivo y explotación de la caña de azúcar en el desarrollo agrícola y comercial de Cabudare durante el siglo XIX y principios del siglo XX.

Palabras clave: Historia social, fiesta, sones de negro, caña de azúcar.

Abstract

Cultural manifestations are in summary the clearest expression of the identity of a people, especially when it is expressed in the form of a festival, and in the Barquisimeto Historical Region in the Central West of Venezuela, one of the most emblematic is held, with a celebration dates back more than four hundred years. In this sense, based on the conceptual theoretical approach of the Annales School with social history, global history or synthesis history as the north in its construction and the contributions of interdisciplinarity. It is proposed as an object of research at a cultural level, to approach the reconstruction of part of the social history of the festival of San Antonio and the sones de negro in Cabudare, located in the Palavecino Municipality of the Lara state, considering an anthropological and sociological perspective, given its nature, since in this festival, symbolic representations and social imaginaries of diverse origins are expressed. Study the role played by the Yépez Gil family in the dissemination of this festival and its links with the cultivation and exploitation of sugar cane in the agricultural and commercial development of Cabudare during the 19th century and the beginning of the 20th century.

Key words: Social history, festival, sones de negro, sugar cane.

*Profesor Especialista en Geografía e Historia. Magister en Educación Mención: Enseñanza de la Historia. Candidato a Doctor en Cultura Latinoamericana y Caribeña. Todos en la Universidad Pedagógica Libertador Instituto Pedagógico de Barquisimeto “Luis Beltrán Prieto Figueroa”. ORCID: <https://ORCID.org/0009-0002-1452-2160>. E-mail: josemanauremontero@gmail.com

Finalizado: Barquisimeto, Septiembre-2022 / Revisado: Septiembre-2022 / Aceptado: Diciembre-2022

El tamunangue... es la más rica y hermosa danza de Venezuela, si ya no lo es de la América toda (...) ninguno la supera en dignidad, originalidad y abundancia de temas coreográficos y musicales.
Francisco Tamayo (1940)

Generalidades de la Modernidad

El devenir de la historia de la humanidad, está marcado innegablemente por una diversidad de elementos que han influido en la constitución del contexto actual a nivel global, en este sentido, no podemos negar la vinculación existente entre el desarrollo de la modernidad y la del sistema capitalista mundial. En el caso concreto de lo que hoy es Venezuela, fuimos incorporados a ese proceso de la modernidad, de manera violenta, como colonia ultramarina de una metrópoli europea que limitó cualquier intento de crecimiento y progreso en el ámbito económico, político, social o cultural, sobre todo, en el entendido de que en esa etapa dentro del sistema capitalista se llevaba a cabo el proceso de acumulación originaria de capitales, operado en una sola dirección, es decir, mientras las metrópolis europeas acumulaban, en las colonias sucedía todo lo contrario; aunque, debemos aclarar que el modelo de modernidad desarrollado en Europa no siempre tuvo su calco en las colonias allende los mares, sobre todo en los dominios hispanos, de allí el énfasis en aclarar la expresión de una modernidad a otra.

En este contexto, el imperio español como estrategia para incrementar el rendimiento económico de sus posesiones en el nuevo mundo, introdujo mano de obra adicional engrosada con población traída de África en condición de esclavitud, la cual poco a poco comenzó a mezclarse con la indígena y la europea, dando como resultado el proceso de mestizaje, que aún hoy luego de más de quinientos años, continua vibrando y ha permitido el amalgamamiento de costumbres y tradiciones de diversas raíces que a su vez, dieron como fruto la creación de otras manifestaciones que hoy forman parte de sus maneras de expresarse sobre todo en el plano cultural, el cual hoy es el centro de nuestro interés investigativo.

Y es que en cualquier sociedad, la manera más simple que tienen sus individuos de expresar sus inquietudes o formas de pensar, se reduce a un acto que en sí, es sencillo y al mismo tiempo complejo: con sus manifestaciones tradicionales, estos fenómenos sociales como también se le denominan, engloban la más diversa muestra de creación humana en la que se cruzan, modifican, interpretan, reinterpretan y combinan desde cantos y entonaciones ancestrales -que conforman un cumulo armónico cuyo valor artístico e histórico jamás podrá ser refutado-, instrumentos de peculiar sonoridad, coreografías altamente elaboradas o vestimentas y ropajes de una vistosidad insuperable. Características estas que en definitiva están presentes y en suma describen una de las manifestaciones más emblemáticas del folklor venezolano que más ha llamado nuestra atención: La fiesta de San Antonio de Padua y los sones de negro, la cual se ha acrisolado al calor del proceso de la modernización y el mestizaje que ha arropado el camino hacia la construcción de nuestra realidad a lo largo de la historia.

Es por esa razón, que al analizar cualquier sociedad y su evolución en relación con el desarrollo de la modernidad, y en particular en nuestro caso como nación, es inevitable no hacer hincapié en la creatividad de un pueblo que a pesar de lo intrincado y adverso de su conformación con un proceso histórico y social con tantas aristas, supo alimentar su espíritu con bailes y cantos que entonan y recitan no solo versos a entes religiosos sino a la naturaleza y a los sentimientos de un conglomerado con un corazón que lleva en cada latido la sangre de tres continentes.

Los sones que se ejecutan cada 13 junio en honor a San Antonio de Padua, son sin duda alguna, una de las manifestaciones tradicionales venezolanas más diversas, tanto desde la fragua de su constitución étnica que nos revela a todas luces una perspectiva diacrónica, perceptible evidentemente, como la integración de las culturas indígenas,

africanas y europeas, que se expresan desde lo complejo, con una visión de complementariedad sincrónica de hombres y mujeres que se involucran bien sea como devotos, promotores, celebrantes o simples espectadores.

Como manifestación cultural integrada por una suite musical y danza, los sones de negro o el Tamunangue como también se denomina, está compuesto por siete sones conocidos como el ayiyivamos, la bella, la juruminga, la perrendenga, el poco a poco, el galerón y el seis corrido. Aunque, se debe destacar, que cuando se ejecuta como “pago de promesa” suelen cantarse otras tres piezas musicales que forman parte también de su estructura: una salve a la virgen, una salve a San Antonio y la batalla. En esta oportunidad, se pretende desarrollar un ejercicio de investigación que nos permita, reconstruir parte de este rico proceso histórico que engloba esta extraordinaria manifestación religiosa y popular del centrooccidente venezolano y particularmente de la Región Geohistórica Barquisimeto.

No obstante, ese proceso de modernización que se inicia para nuestro caso a finales del siglo XV, y se profundiza a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el sistema capitalista mundial, en palabras de Agustín Cueva (1985), entra en su fase de inversión de excedentes de capitales, mejor conocida como Imperialismo, a nuestro país le corresponderá entonces cumplir el rol de abastecedor de materias primas baratas, gracias al establecimiento del modelo primario exportador dependiente complementario con base en la explotación del café como rubro principal, de la mano del gran modernizador de Venezuela, Antonio Guzmán Blanco (1829-1899). Sin duda, uno de los personajes más influyentes en el país a partir del año 1870. Bajo la administración del “Ilustre Americano” nuestro país, entra en lo que Agustín Cueva (1985) ha denominado “la fase del estado liberal oligárquico”¹, y con ella

la plena modernidad: se establece el Situado Constitucional, se decreta la educación pública, gratuita y obligatoria, se construyen obras públicas, llegan las inversiones de capital extranjero, las casas comerciales, los bancos, se crea la moneda nacional, es decir, se comienza a organizar y a estructurar el estado moderno. Aspectos que de una u otra manera impactaron la sociedad y dieron continuidad a ese proceso de conformación y construcción del ser venezolano.

Claro debemos recordar que esa dinámica antes señalada, continuó profundizándose durante todo el siglo XX, con la participación de otros actores en el rol protagónico. A partir de 1920, el cambio de la Venezuela agro exportadora a una minera exportadora vino acompañada según los criterios de Rodolfo Quintero (1976), de “la cultura del petróleo” (aquí cabe resaltar el hecho de que el predominio europeo presente en nuestro territorio desde finales del siglo XV va hacer sustituido por el norteamericano luego de la Primera Guerra Mundial 1914-1918), lo cual aceleró la modernización del país y trastocó todos los ámbitos de nuestra colectividad con la penetración gradual del modo de vida norteamericano el cual invadió progresivamente todos los aspectos de nuestra realidad en la medida que los consorcios que controlaban el negocio de los hidrocarburos ganaban espacio, control y por supuesto la capacidad de influir en nuestra población no solo en las áreas de explotación petrolera, sino también en otras regiones a través de medios como los periódicos, la radio y posteriormente la televisión.

Aquí es necesario recalcar, que en este proceso de transformaciones uno de los planos que más ha sido penetrado es de la cultura, y es al mismo tiempo, el que más ha resistido este embate. Ella lo engloba todo, muestra no solo lo que nos caracteriza sino también lo que nos hace tan particulares en esencia. Veamos a continuación a nivel cultural, un

el trabajo de Cueva, Agustín (1985). *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI Editores. Disponible en línea.

¹ Para ampliar más sobre el tema se puede consultar

ejemplo representativo a través de algunas consideraciones en torno a la fiesta de San Antonio y los sones de negro en Cabudare como muestra de ello.

Cultura en resistencia

Antes que nada, debemos indicar que en la actualidad, las diferencias que más sobresalen entre los pueblos no son económicas, ideológicas, sociales o políticas, son culturales. En consecuencia, todo grupo social lo podemos definir si consideramos: la lengua, la religión, la genealogía, los valores, la historia, la música, las costumbres o sus instituciones. Estos a su vez, se reconocen y se identifican con grupos culturales: comunidades religiosas, etnias, tribus, naciones e incluso civilizaciones, el criterio es amplio cuando los grupos sociales usan la política no sólo para difundir sus intereses, sino para definir su identidad y más cuando es la identidad cultural; olvidando por completo que la cultura es por definición en sí misma, un proceso que encierra tanto generalidades como particularidades en simultáneo.

Por consiguiente, el hombre como ser social, adquiere un papel en un sistema con elementos ya establecidos, donde debe cumplir un rol esencial en una sociedad marcada por la modernidad (como un engranaje), ahí esos elementos -conocimientos, saberes, juegos, comportamientos, celebraciones, creencias, costumbres, alimentos, productos, gustos y formas de relacionarse- están determinados y sometidos a un continuo de acción e interacción, que puede ser individuales y colectivos con un cumulo de transformaciones que, con menor o mayor profundidad, marcan el ritmo de trasmisión de la herencia cultural en la sociedad de generación en generación. Aquí todo comportamiento y conciencia social reside en el aprendizaje consiente e inconsciente de una serie de rasgos que nos son impuestos por medio de un conjunto de símbolos y significados que caracterizan el entorno al que pertenecemos (o de latitudes lejanas), cuyo factor más importante y determinante es el lenguaje, los signos y los

símbolos que con él se entretajan, pero que siempre están expuestos a estímulos que tarde o temprano pueden modificarlos; generando procesos que pueden estar marcados incluso por grandes contradicciones.

En este sentido, pensadores como el economista y político francés Jacques Delors han señalado que “los futuros conflictos estarán provocados por factores culturales más que económicos o ideológicos” (Delors, 1993, p.2), o como el historiador y académico Samuel Huntington quien acuñó en 1993 el **término choque de civilizaciones**², con el cual explicó que los conflictos en el futuro estarán marcados por civilizaciones que no coincidirán necesariamente en cuanto a sus elementos culturales.

Mientras que otros investigadores, como Chie Nakane (1972), Robert Taft (1977), o Eduard Said (2001), discuten sobre si hablar de choque de emociones, fanatismos o de ignorancias, esto para tal vez diferenciar el estado del conflicto. Lo cierto es que, en todo caso existe desde hace mucho tiempo un interés por consolidar un ámbito cultural único sobre los demás. Para América Latina, por ejemplo, dentro del contexto de la llamada Guerra Fría (que al igual que la I y II Guerra Mundial también es hija de la modernidad) se crearon documentos como el de Santa Fe I y el Santa Fe II en 1980 por parte del Departamento de Estado Norteamericano, que fueron destinados a justificar un programa de “Guerra Cultural” para combatir en los escenarios nacionales e internacionales culturales a la ideología marxista en todas las áreas. Al respecto se puede señalar:

(...) solamente Estados Unidos puede, como socio, proteger a las naciones independientes de América Latina de la conquista comunista, y ayudar a conservar la cultura hispanoamericana frente a la esterilización del materialismo

² Para mayor información sobre el tema se puede consultar el trabajo de la internacionalista Patricia Moreno (2021), titulado: ¿Qué es la teoría del “choque de civilizaciones”? Disponible en línea: <https://elordenmundial.com/que-es-teoria-choque-civilizaciones/>

marxista internacional. Estados Unidos debe tomar la iniciativa ya que no sólo están en peligro las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina, sino que está en juego la propia supervivencia de esta república. (Báez, 2008, p. 283)

Lo que no señalaban los norteamericanos era que esa conservación de la cultura hispanoamericana era para su posterior esterilización a gran escala a manos del modelo del American Dream promovido a través de distintas vías y medios de comunicación como parte del proceso modernizador y de actualización de países no angloparlantes.

En el mismo orden de ideas, más recientemente en plena ebullición del mundo unipolar (globalizado o de la nueva modernidad), en la XXXIII Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), se realizó una reunión el 20 de octubre de 2005, donde 148 Estados votaron a favor de la convención sobre la protección de la diversidad cultural, con la excepción de dos naciones, una de ellas fue sin sorpresa alguna Estados Unidos, que apenas había reingresado en el año 2004, tras veinte años de retiro y amenazó con volver a ausentarse si se aprobaba esta normativa. Para contextualizar y comprender mejor esa reacción de protesta, es necesario que se señale, el hecho de que desde hace décadas, los Estados Unidos han respaldado y promocionado las políticas de libre comercio ante la Organización Mundial del Comercio (OMC) como alternativas de crecimiento y desarrollo, y han establecido dentro de sus parámetros oficiales que la cultura es una mercancía –y por ende, sujeta a propiedad intelectual- que no debe ser objeto de restricciones aduanales ni estatales que beneficien una industria cultural local –lo que no señalan es que esas culturas locales están casi siempre ubicadas en el llamado mundo en vías de desarrollo o el tercer mundo- (cfr. Unesco, 2005).

Cabe destacar en relación a lo antes expuesto, que tradiciones locales de nuestra

cultura popular como el galerón en el Oriente, la zaragoza en Sanare, el joropo en los llanos o la gaita zuliana, se verían muy afectadas por la propuesta realizada por los Estados Unidos, ya que los cultores de dichas fiestas no pueden competir con los grandes centros de masificación cultural de países europeos o norteamericanos. Así mismo debemos conocer según datos aportados por la Unesco (2005), que entre los años 1950 y 1990 del siglo XX las exportaciones crecieron en un promedio que estuvo por el orden del 19% y uno de los sectores que más se incrementó fue el de las industrias culturales, en las que bienes y servicios son producidos, reproducidos, conservados y difundidos según criterios industriales y comerciales de los principales controladores y manipuladores de la información, bajo un criterio económico que busca expansión, difusión y consolidación de los modos de vida de la Unión Europea, Japón y los Estados Unidos (los históricamente promotores de la modernidad en sus respectivas áreas de influencia). Esto se puede demostrar fácilmente si observamos el informe de la Unesco para el período 1994 - 2003 sobre el “flujo internacional de bienes y servicios de cultura seleccionados” (cfr. Unesco, 2005), en el cual se aprecia que tan sólo tres países –Reino Unido, Estados Unidos y China- produjeron la inquietante cifra del 40% de estos bienes que fueron comercializados en el mundo. El 60% restante fue producido por 117 países entre los que no se encuentra Venezuela. Para tener una idea más clara de esta situación, en el año 2002 Latinoamérica y el Caribe sólo representaron el 3% del total de bienes culturales a nivel global, siendo México el más importante.

Es por eso que la Unesco justificó la puesta en marcha de la protección a la diversidad cultural ante el intento de dominio cultural estadounidense que ha contribuido a poner en peligro el futuro de casi sesenta mil comunidades que no tienen las mismas oportunidades económicas y tecnológicas de difusión e integración – la mayoría de

ellas ubicadas en el sur de Asia, África y Latinoamérica -. En este contexto, es donde surge la necesidad de señalar el empeño de utilizar la ciencia histórica en apoyo de la cultura venezolana, para conocer, difundir y defender nuestros procesos de unión, mezcla, fusión, reconversión, resignificación, resemantización³ y reconfiguración de los elementos indígenas, africanos y europeos como factores indivisibles de nuestra realidad multicultural desde hace más de cuatro siglos.

Considerando lo antes señalado, y dejando de lado el eurocentrismo (otro producto de la modernidad) que tanto daño ha hecho a la hora de tener una verdadera noción de conjunto de nuestra realidad económica, social y cultural, en el ejercicio de investigación que se pretende realizar; y en total correspondencia con la propuesta de la Unesco sobre la protección a la diversidad cultural, esta inquietud no podría estar mejor justificada; nuestro país no sólo está penetrado y asediado por influencias extrañas, deculturantes, es a todas luces una sociedad alienada. Hecho que ha provocado una profunda despersonalización en un marco donde cada día gana más terreno el “nuevo orden cultural” (unipolar, globalizado o de la nueva modernidad) que apunta a una descomposición total. Pero si algo es seguro, es que creemos firmemente en la posibilidad de plantear alternativas que lleven a la acción, lucha y resistencia donde se saque el mayor provecho a las potencialidades inherentes que caracterizan nuestra realidad e identidad como pueblo y a nuestros códigos culturales auténticos.

Las identidades y culturas particulares como la venezolana –y dentro de ella el multiculturalismo de particularismos regionales y locales- no son consecuencia de la formación de clases sociales, aunque

no podemos negar que estas le imprimen siempre un nuevo carácter que la modifica y la transforma. Venezuela como personalidad colectiva, no se puede explicar sin incluir de manera fundamental la participación que en ella han tenido indígenas, europeos y africanos dentro de un devenir muy complejo.

De modo que la inserción de las distintas poblaciones y su interrelación creciente en la etapa de dominación colonial europea, no son explicables sin considerar su conformación social muy particular, es decir, la resistencia de Guaicaipuro, la rebelión del negro Miguel, el alzamiento de Juan Francisco de León o cualquier otro episodio histórico de alguna envergadura sería lógicamente inexplicable sin referirnos a un conjunto de condicionamientos económicos, políticos y sociales muy precisos, pero más allá de eso, en tales movimientos se resumen siglos y milenios de experiencias históricas acumuladas de una memoria colectiva constantemente enriquecida por una continuidad de persistencias, cambios e incitaciones que se resisten definitivamente a cualquier esencialismo simplista moderno.

De ahí que afirmemos que la historia de nuestra identidad es fundamentalmente pancrónica, es decir, si partimos de un tiempo histórico en que el pasado vive y actúa bajo distintas apariencias y donde el futuro no se perfila como un ente desarticulado y flotante, sino como el desenvolvimiento de proyectos históricos íntimamente ligados a etapas anteriores -indígena, colonial y republicana- no hay duda de que estamos inmersos en un planteamiento pancrónico.

En este sentido, sincronía y diacronía ya no son planos separados, sino que confluyen en una interrelación dialéctica permanente, en una poderosa totalidad histórico antropológica y sociológica que le permita indagar cada vez más en la diversidad del dialogo intersocietario existente entre identidades y culturas vivamente sentidas, raigambres centenarias y muchas veces milenarias, como es el caso de algunas comunidades indígenas y afroamericanas que enriquecieron la dialéctica

3 A propósito de ese proceso, Rowe, William y Schelling, Vivian (1991), lo ubican desde la llegada de los españoles, alegando que “los conceptos de reconversión, resignificación y resemantización son particularmente apropiados para la cultura popular”. Ambito donde se establece nuestro objeto de estudio.

intercultural cuando el mundo europeo las puso en contacto.

Fiesta de San Antonio y sonos de negro en Cabudare

Considerando lo antes descrito, podemos señalar que en el centroccidente venezolano, la llegada del solsticio de verano es celebrada al son de las melodías musicales cargadas de connotaciones mágico y religiosas⁴, como la fiesta de San Antonio de Padua y los sonos de negro, manifestación popular religiosa con una data de celebración de más de 400 años de antigüedad en la región según Veracoechea (1977), tiempo histórico en el cual se ha mantenido su estructura básica fundamental con la incorporación de algunos elementos que la han enriquecido aún más a finales del siglo XX, como es el caso de la “Misa tocuayana⁵” incorporada al contexto que engloba esta actividad a mediados del mes de junio de cada año.

De manera que, para aproximarnos a su estudio desde una perspectiva con criterios científicos, el doctor Reinaldo Rojas (1995), señala que para realizar el análisis socio histórico (y etnográfico) de la cultura debemos considerar la categoría de análisis social y su relación entre el arte, la sociedad y la cultura.

4 Recordemos la vinculación que existe entre las fiestas religiosas y el proceso de cultivo en nuestro país, la fiesta de San Antonio se realiza unos ocho días antes del solsticio de verano (13 de junio), momento en el que se da inicio al ciclo astronómico de la siembra, el cual cierra con la fiesta de la zaragoza, es decir, ocho días después del solsticio de invierno (28 de diciembre).

5 Cabe señalar –según consta en el documento Ministerio del Poder Popular para la Educación (MPPE, 2005) y el testimonio de uno de sus autores- que con el propósito de realizar una alabanza a Dios, cargada de emoción y alegría donde el pueblo participara aún más con entusiasmo en una fervorosa acción de gracias (previa a la puesta en escena de los sonos de negro) fueron adaptados -con la música popular y folclórica de El Tocuyo a cargo de la profesora Bolivia Cristina Colmenares de Nanetti y con la supervisión y revisión del padre Juan Bautista Briceño Pérez-, once (11) cantos, siete (7) con base en golpes tocuyanos y cuatro (4) con base en los sonos de negro o Tamunangué. Los cuales dieron origen a lo que hoy conocemos como la “Misa tocuayana”.

Ahora bien si nuestro objeto de interés investigativo gira en torno a la fiesta de San Antonio y sonos de negro en Cabudare, debemos considerar qué cuando hablamos de fiesta aquí nos encontramos con una “fiesta religiosa”, (como vector complejo) por la celebración que en torno al “Santo” San Antonio de Padua se realiza el 12 y 13 de junio de cada año.

Dentro de toda esta complejidad no podemos olvidar que está manifestación popular religiosa, no siempre ha contado con el apoyo de la iglesia católica como institución, recordemos a manera de ejemplo uno de los episodios más emblemáticos al respecto, cuando en junio de 1918 la celebración de la fiesta se vio empañada por la repentina e insólita prohibición del Obispo de la Diócesis de Barquisimeto Monseñor Aguedo Felipe Alvarado⁶, no obstante, se debe destacar que en el apoyo logrado por la fiesta de San Antonio, por parte de este ente católico, es clave en todo caso, el papel desempeñado y representado por las cofradías organizadas desde el seno mismo de esta institución religiosa. A propósito de esto, observemos lo siguiente: “en 1609 fue conformada la cofradía de San Antonio de Padua, por el reverendo fray Antonio de Alcega, que teniendo su sede en el convento de San Francisco, establecía que era una hermandad para morenos y esclavos” (Veracoechea, 1977, p. 73).

Como se puede observar, se profundiza aún más la complejidad que marca el vector fiesta, ya que se le agrega el componente étnico que dio como resultado el mestizaje, condición esta última difícil de digerir por muchos latinoamericanos y sobre todo los venezolanos, pero gracias a los aportes del maestro José Manuel Briceño Guerrero esa concepción ha cambiado afortunadamente. Verifiquemos que nos señala el maestro:

6 El suceso está registrado en el periódico “NOTAS”, en su edición del 30 de junio de 1918. En el mismo se da cuenta de una “nota de adhesión” a los sacerdotes de El Tocuyo y la arbitraria decisión del obispo Aguedo Felipe Alvarado

(...) nosotros, los que nos aceptamos como mestizos, somos los únicos que podemos y debemos ser creadores. Nos toca crear lo nuevo nuestro -ser nosotros mismos en plenitud- a partir de nuestra herencia heterogénea y contradictoria, subir por encima de nosotros mismos sin suprimir nada de lo recibido pero elevándolo a la gloria del arte verdadero. (Briceño, 2011, p.19)

Y el mestizaje, se hizo arte en el son de la música, se hizo arte en baile, se hizo arte en el juego, se hizo arte en el pueblo, se hizo arte en la modernidad. No obstante y en relación con la fiesta de San Antonio de Padua y los sones de negro, es necesario visualizar el aporte realizado por Juan Acha con respecto al desarrollo y evolución de los sistemas artísticos de la cultura occidental para darle su justa ubicación a nuestro objeto de estudio, indica el mencionado autor, se tiene que:

Las artesanías definidas como "... trabajo artístico reglamentado individual y manual" sistema dominante hasta el siglo XVIII, cuando empieza a ser desplazado por las artes cultas, sistema basado en el "... trabajo libre y competitivo..." que se ubica entre el siglo XVIII y 1950 cuando emergen el diseño, como "... actividades proyectuales y directoriales, que asalariadas, son interpoladas en el trabajo industrial-práctico utilitario." (Acha, 1984, p. 278)

Si consideramos esta periodificación de los sistemas artísticos, la fiesta de San Antonio de Padua y los sones de negro, desde el punto de vista del corte temporal propuesto en nuestro objeto de interés investigativo (siglos XIX y XX -aproximadamente entre los años 1820 y 1950) se concentraría en la segunda fase de la periodificación establecida por Juan Acha, es decir, en el sistema artístico de las artes cultas.

Ahora bien Rojas (1995) indica que la propuesta orgánica del estudio de los sistemas artísticos propuestos por Acha (1984), tienden a identificar cada sistema con un modo de producir, distribuir y consumir arte, ubicando el arte culto y los diseños en el campo de

la cultura hegemónica y las artesanías en el área de la cultura popular. Al observar detenidamente lo antes descrito, nuestro objeto de interés investigativo, a pesar de ubicarlo previamente como parte del sistema artístico de las artes cultas (ubicadas por Acha entre el siglo XVIII y 1950) y por ende en el campo de la cultura hegemónica, el origen de la fiesta de San Antonio y los sones de negro, (estimado en el siglo XVII) se remonta al campo de las artesanías y por ende al área de la cultura popular. Veamos al respecto lo siguiente:

(...) el pueblo dista mucho de carecer de cultura y existe, en realidad, una cultura popular con sus ciencias, tecnologías y artes. Las primeras como producto del pensamiento místico y por eso difieren de las occidentales, las segundas vienen de experiencias milenarias; las terceras son las artesanías, las que suelen abastecer de elementos remozadores al arte culto y hegemónico. (Acha, 1984, p. 281)

Si algo tenemos claro es que, un ejemplo evidente de ello lo representa la fiesta de San Antonio y los sones de negro, fiesta que se celebra en casi todos los rincones del estado Lara, desde la montaña en Sanare, el valle del río Tocuyo a las depresiones de Curarigua, Quibor o la del Turbio Yaracuy. Es aquí, precisamente en esta última unidad física paisajística, donde se ubica el municipio Palavecino y en él, centros poblados de gran importancia como Agua Viva, Cabudare, La Piedad y Los Rastrojos, los cuales guardan una vinculación directa con nuestro objeto de interés investigativo por ser el entorno donde se desarrolla su estudio.

Espacio a estudiar

La depresión Turbio Yaracuy, se encuentra enclavada en el corazón de Región Geohistórica Barquisimeto, en el Centroccidente de Venezuela, por sus características geoespaciales es la única entidad física del territorio nacional que permite la comunicación y tránsito, por un lado, entre la Cordillera Andina de Mérida

con sus últimas estribaciones en la sierra de Portuguesa (al Suroeste) con el sistema transicional Falcón-Lara-Yaracuy, las llanuras litorales de Falcón y la cuenca del mar Caribe (al Noreste). Y por el otro, la conexión de la depresión Carora-Barquisimeto (al Suroeste) con el macizo de Nirgua y los altos llanos Occidentales (al Sureste) a través de la llamada garganta del llano en el sector Chupa La Flor, a pocos kilómetros de Sarare⁷, lo que la convierte en un verdadero entramado de caminos de la más diversa índole.

Estos espacios de lo que hoy es jurisdicción palavecinense, ostentan un gran valor económico por la alta productividad de sus suelos, hecho registrado desde la llegada de los europeos a estos suelos con Nicolás Federman en 1530, quien pudo constatar como los Caquetíos en el valle del río Turbio, a través de un proceso productivo jerarquizado con base en una agricultura de riego, pudieron combinar la vegecultura y la semicultura lo que les permitió cultivar tubérculos como la batata y la yuca, y semillas como la auyama y el maíz. Sin embargo, también pudieron constatar la existencia de toda una red de comercio con otros grupos indígenas en lugares tan lejanos en la actualidad como las costas del estado Falcón al Norte del territorio nacional o los llanos del Casanare al Sur en Colombia, intercambiando productos como la sal y objetos elaborados en oro⁸. Estos elementos sin lugar a dudas convertían este espacio geográfico en un verdadero centro nodal no solo económico sino también cultural.

Características estas totalmente definitorias, que luego con el proceso

⁷ Para información más detallada respecto al tema se puede consultar a: Cárdenas, Antonio y otros. (2000). Geografía de Venezuela. Caracas: Fedeupep y a Freire, Alonso. (1965). Provincias Fisiográficas de Venezuela. Caracas: Estado Mayor en Conjunto, Ministerio de Defensa.

⁸ En relación a este tópico se puede consultar a: Federman, Nicolás. (1962). "Historia Indiana" o primer viaje de Nicolás de Federman. En: Academia Nacional. Descubrimiento y conquista de Venezuela. Tomo II.

de conquista y colonización no pasaron desapercibidas por la administración de la corona española, tal y como lo refiere la cronista de Cabudare:

(...) los espacios producto de la repartición de tierras y encomiendas, formaban parte de la jurisdicción de una ciudad; en donde se establecieron desde el siglo XVI, tanto, hatos para la producción ganadera, porcina, caprina, mular y caballar; como de haciendas para el cultivo de caña de azúcar, cacao y tabaco. Estos productos caracterizarán a la región Barquisimeto, y muy particularmente, al actual municipio Palavecino. (Aris, 2021a, p. 4)

Es necesario destacar, que esta situación se mantuvo durante los siglos XVII y XVIII, lo que le permitió seguir siendo un área considerablemente llamativa por la alta productividad de sus fértiles tierras. No obstante, lo que hoy es Cabudare, a pesar de reunir las condiciones mínimas para erigirse como parroquia tuvo muchos detractores que se oponían a que alcanzara el mencionado estatus en pleno siglo XIX, al respecto Perozo (2013) explica que:

Cabudare nació por un parto forzado, pues el objetivo de los comerciantes mayoristas era mantener el sitio como un mercado cautivo, dependiente de Barquisimeto y hasta de Santa Rosa, sin advertir que como la localidad era cruce obligado de camino de los llanos, arrieros y viajeros, preferían venir hasta la localidad a tener que subir a la planicie barquisimetana. (Perozo, 2013, p.2)

No obstante, esta disposición se modifica para 1818, año en el que se le decreta como parroquia religiosa o curato -como aparece en los registros según Perozo (2013)- y diez años después, es decir, en 1828 deja de ser caserío y su denominación cambia a la de pueblo, situación está que va a permitir el proceso de construcción de las primeras viviendas en lo que conocemos hoy como el casco histórico de Cabudare. Para luego alcanzar en el año 1844 la jerarquía de cantón. Si consideramos

lo arriba señalado, podemos decir que ese rápido proceso de organización política y administrativa, no era otra cosa que el reflejo de la importancia económica que había alcanzado el sitio de Cabudare, ya que en tan solo veintiséis **años paso de curato a cantón**, proceso que se dilató por periodos mucho más largos en otros lugares de fundación hispana temprana como Duaca.

El desarrollo de Cabudare como entidad jurídica, tal y como se apuntó, gira en torno a las primeras décadas del siglo XIX lo que a la par también encaminó su desarrollo agrícola y comercial bastante diverso. Al respecto podemos señalar:

(...) en el municipio Palavecino, las principales actividades económicas que caracterizaron todo el siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX, fueron: el cultivo de caña de azúcar, cacao, maíz y café; la cría de ganado vacuno, porcino y cabrío; y algunas empresas artesanales derivadas de la caña de azúcar, como ingenios para producir papelón y trapiches para fabricar aguardiente. (Aris, 2021b, p. 3)

Al observar lo antes expuesto, podemos comprender las características que hacen de este espacio ubicado en la depresión Turbio Yaracuy, un lugar de tanta importancia económica. Y las razones, por las cuales su desarrollo agrícola y comercial llamo la atención de productores y comerciantes de otras latitudes como El Tocuyo, Carora, Curarigua, Guanare, Acarigua, Yaritagua, San Carlos, Nirgua o Chivacoa. Tal es el caso de los Yépez Gil, familia tocuiana con experiencia en el cultivo y procesamiento de la caña de azúcar, quienes llegan a estos suelos del río Turbio a partir del año 1822, cuando adquieren sus primeras posesiones en la zona. Con ellos, no solo llega la experiencia en el manejo y aprovechamiento del cultivo de caña de azúcar, sino también su cultura, sus tradiciones, costumbres y sus fiestas de herencia mestiza, las cuales vinieron a enriquecer aún más estas tierras palavecinenses, con un abono igual de

fértil: el cultural. Convirtiendo a cada uno de sus habitantes en una pieza crucial en la construcción de nuestra característica modernidad y multiculturalidad venezolana, latinoamericana y caribeña, es decir, la otra modernidad. En síntesis, somos y seremos seres humanos que cada día luchamos por seguir comprendiéndonos interna y externamente y eso solo lo lograremos al entender y aceptar nuestras herencias que nos han regalado el ser mestizo.

Atendiendo a estas consideraciones es que se propone el estudio cultural de la fiesta de San Antonio y sones de negro en Cabudare. Abordaje que se realizara con base en el enfoque teórico conceptual de la Historia Social, Historia Global o Historia Síntesis como norte en su construcción, pero desde una óptica antropológica y sociológica, ya que en esta festividad se expresan representaciones simbólicas e imaginarios sociales de diversos orígenes, con la confluencia de la cultura indígena, africana y europea expresada a través de la interpretación de la música y el baile como expresiones más significativas, conjuntamente con su integración al proceso histórico que se desarrolló en Cabudare como espacio económico, social y cultural que sirve como referencia al estudio de sus transformaciones en pleno proceso de modernidad durante el siglo XIX y principios del XX, y como centro importante de cultivo y procesamiento de la caña de azúcar desde el trapiche a la producción industrial.

Propuestas iniciales

Con esta investigación sobre la fiesta de San Antonio y sones de negro en Cabudare, se buscará potenciar el papel que este tipo de expresión desempeña en nuestro sentir como imaginario colectivo, como pueblo y como nación gestada en plena modernidad, una manifestación cultural de tanta importancia como los sones de negro y todo el complejo mágico y religioso que gira a su alrededor, donde sean acrisolado lo indígena, lo africano y lo europeo desde hace más de cuatro siglos, dando como resultado desde la celebración

de la fiesta a San Antonio de Padua, la construcción de un ser multicultural con una forma de pensar, vivir y actuar que nos permite comunicarnos a través de un discurso que a pesar de sus dificultades y contradicciones, se enriquece cada día y le grita al mundo somos hijos de una tierra donde *mestizo*, es nuestro nombre.

Por supuesto, se buscará resaltar la estrecha vinculación que el elemento económico, social y cultural representado por el cultivo y explotación del cañamelar le imprime como vehículo de transporte, a esta manifestación popular religiosa en la medida que se expande su producción por la Región Histórica Barquisimeto. Situación está que es impulsada por la familia Yépez Gil reconocidos promotores y divulgadores de la devoción a San Antonio de Padua y los sones de negro, primero en un circuito que se mueve entre El Tocuyo y Curarigua, desde donde se desprende un corraje importante posteriormente con Carora, pero después, al adquirir terrenos en el Valle del Río Turbio y en la Depresión Turbio Yaracuy a partir del año 1822, los Yépez Gil como familia promotora de los sones de negro y productora de caña de azúcar extendieron sus redes de sociabilidad a Cabudare, donde se pueden distinguir cuatro puntos nodales: Agua Viva, Cabudare, La Piedad, Tarabana y Los Rastrojos.

Como en El Tocuyo, los sones de negro y el cultivo de la caña de azúcar se asociaron también en Cabudare, a tal punto que los Yépez Gil instalan el primer central azucarero de la región con una capacidad de procesamiento hasta de 120 toneladas (cfr. Yepes, 2003), lo que lo convirtió en uno de los más importantes del país. Razón por la cual se busca desarrollar el estudio de este tema de investigación, ya que nos abrirá las posibilidades de reconstruir las redes que se fueron entramando en el corredor económico, social y cultural que se extiende de El Tocuyo a Cabudare, en torno a la producción y procesamiento de caña de azúcar sobre la base

objetiva del establecimiento de los centrales azucareros en el occidente de Venezuela. Y por la posibilidad de visibilizar los aportes realizados no solo por los promotores y cultores populares de los distintos puntos nodales donde se desarrolla el devocional por el santo patrono de los tamunangueros en tierras palavecinenses, sino también por la posibilidad de estudiar la obra de los maestros del “juego del garrote” presentes en Cabudare, que al igual que El Tocuyo, la caña de azúcar, están estrechamente ligados a los sones de negro, en una trama que va de una modernidad a otra.

Así como también, por la correspondencia con lo planteado por la Unesco, ya que desde hace algún tiempo debido a la trascendencia adquirida por esta celebración desde el ámbito del gobierno nacional, estatal y municipal, se vienen tomando medidas de protección de esta tradición como la firma del Decreto N° 91 en 1989 donde se establece el 13 de junio como Día del Folklore Larense o el Decreto N° 1134 del 2002 donde se declara Patrimonio Cultural Vivo del Estado Lara a la Manifestación Cultural Mágico-Religiosa Sones de Negro o Tamunangue, o el Decreto del 23 de julio del 2014 contemplado en la Gaceta Oficial N° 40.460, donde se declara al Tamunangue como “Bien de Interés Cultural y Fomenta la Difusión, Investigación, Educación, Protección y Salvaguarda de esta Manifestación Cultural Tradicional Venezolana” o el Decreto A-22-10-21- contemplado en Gaceta Extraordinaria N° 2.239 del 06/10/2021 con donde “se declara como Patrimonio Cultural Inmaterial del Municipio Palavecino del Estado Lara a la Manifestación Los Sones de Negro Tamunangue”

Disposiciones legales que sirven de marco y de soporte ante cualquier instancia en nuestro país para propiciar el apoyo de cualquier iniciativa que busque la promoción a través del estudio y análisis de esta manifestación cultural como la que tenemos proyectada en estas líneas, de allí,

la importancia de este tipo de trabajo donde se busca reconstruir y reafirmar el valor socio histórico y cultural que representa la fiesta de San Antonio y los sones de negro en Cabudare para la idiosincrasia de un pueblo nacido del mestizaje multicultural como el venezolano dentro de un proceso donde creo su propia modernidad.

Orientaciones teóricas de guía

Ahora bien, por las características y la naturaleza de nuestro objeto de estudio, el abordaje teórico que vamos a asumir, lo ubica dentro del enfoque epistemológico de la denominada escuela francesa de Annales, fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929, desarrollando como paradigma historiográfico la historia social como historia global o historia síntesis planteado por Rojas (1995), la cual aborda los procesos históricos desde la teoría de la complejidad propuesta y ampliada por Edgar Morín en sus obras. En este sentido, nuestro objeto de interés **investigativo**, se debe abordar desde una óptica antropológica y sociológica, ya que en la fiesta de San Antonio se expresan, como ya se mencionó, representaciones simbólicas e imaginarios sociales de diversos orígenes e índole. En el caso emblemático de los sones de negro, existe un universo multicultural que puede ser estudiado desde la historia social del arte y la cultura como proceso de hibridación cultural, propuesto por Néstor García Canclini (1990), en el cual no sólo se interpreta la mezcla de lo tradicional, lo moderno y popular que caracteriza los procesos culturales contemporáneos, sino que al decir de Rojas (1995), la noción de hibridación involucra conceptos tradicionales como mestizaje, sincretismo, creolización (propuesto por el antropólogo sueco Ulf Hannerz en 1992) o el de cultura pública (desarrollado por el también antropólogo indio Arjun Appadurai en el 2001), procesos que vibran con mucha fuerza en torno a la fiesta de San Antonio y las que a partir de él se crean.

Como se puede apreciar, el abordar la cultura y el hecho cultural, no es sencillo,

y menos un estudio cultural con estas características, es por eso que nos apoyaremos en este contexto en los aportes que sobre esta temática han realizado grandes teóricos que con sus estudios se han convertido en referencia obligada para el desarrollo este tipo de investigaciones antropológicas y culturales, al respecto podemos señalar los casos de: Clifford Geertz quien señala que la Cultura, es “un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes frente a la vida” (cfr. Geertz, 2001).

En alusión a esta definición propuesta por Geertz, es conveniente señalar su enorme aplicabilidad a los estudios culturales contemporáneos, dada la mutabilidad de las sociedades a lo largo de la modernidad y sobre todo de nuestro tiempo, en especial sobre el caso particular de nuestro objeto de estudio: La fiesta de San Antonio y sones de negro en Cabudare. Objeto que se encuentra cargado de símbolos y significados que expresan los rasgos no de una, sino de tres culturas en cruces y conflictos: la indígena, la española y la africana, cuyo proceso de síntesis aún está inconcluso, a pesar del dilatado proceso de mestizaje que por más de cinco siglos viene operando en el seno más profundo de nuestra sociedad y que dentro de sus innumerables manifestaciones aquí toma forma en los sones de negro.

Es por eso que la propuesta de Geertz cobra mayor trascendencia, porque en esa manifestación religiosa popular que se lleva a cabo el 13 de junio de cada año, se puede observar no sólo la forma de pensar, sentir, creer, hablar, celebrar, jugar, cantar, orar, temer, aprender y socializar, de un pueblo que no importando ni su estrato ni su origen social, su día a día, desde lo individual y cotidiano a lo colectivo y circunstancial, establece y sigue comportamientos y reacciones recurrentes o no, consientes e inconscientes que son el resultado de un legado social que cada individuo adquiere de generación

en generación, ya sea el santo, el garrote, el cuatro, el tambor, la salve, el cocuy, las maracas, el rosario, el pan, las velas, las alpargatas, los sombreros, el sancocho, la vestimenta, el chimó, la procesión, los sones, el baile o los cantantes, todos son signos comunicantes de una forma particular de existencia de un grupo y en conjunto hacen un código, siguiendo a Geertz éstos nos permitirán establecer patrones para desentrañar la sensibilidad de la sociedad que los contiene y usa para representarse individual o colectivamente.

Y es que, los sones de negros, tienen sus raíces en las tradiciones y bailes heredados de los esclavos negros traídos del África, a cuyo tambor se le asociaron posteriormente las maracas de nuestros indígenas y el cuatro -derivación de la guitarra española-, quienes poco a poco fueron compartiendo, intercambiando y acumulando experiencias que han llegado a nuestro tiempo y que a pesar de estar consolidadas en nuestra cultura venezolana como expresión cultural, sigue vivo el combate en gestualidades, formas dancísticas, musicalidad, participación de género y otros puntos de permanente tensión que lo convierten en uno de los elementos más vivos de nuestra cultura criolla. En el mismo orden de ideas, podemos señalar en pocas palabras y sin temor a equivocarnos que uno de los aportes más significativos para el futuro desarrollo de nuestro ejercicio investigativo lo constituye la obra filosófica de José Manuel Briceño Guerrero la cual es monumental, por su alcance, su profundidad, originalidad y sobre todo por su comprensión del ser latinoamericano y de manera muy específica del venezolano.

Valoramos este aporte de muy largo alcance, en la medida en que nos enseña el camino para construir una filosofía latinoamericana, dirigida a la búsqueda de la totalidad e interpretadora de nuestro ser, del conocimiento, del valor para saber hacer nuestro destino, para decir nuestro ser y decidir en nosotros mismos, a través de

un viaje por un laberinto, que nos permite desentrañar nuestro interior mestizo. Esa ha sido su más grande enseñanza para nosotros y para las generaciones futuras.

Sobre los sones de negro como forma y representación artística Briceño Guerrero nos recuerda al venezolano, al latinoamericano y al habitante del mundo entero, que, pues el arte tiene propiedades terapéuticas y catárticas, consecuente con esa tan sintetizante y sintetizadora prédica tan suya se refiere a la historia cultural latinoamericana diciendo:

No ven que el tambor y la tambora de África ya no son africanos, que las maracas y melodías indias ya no son indias, que la lengua castellana, el octosílabo castellano y la guitarra castellana ya no son castellanos. No ven que se ha ido formando, a partir de ese abolorio heterogéneo, un nuevo ser. Un ser humano nuevo que acepta y supera todas sus herencias destruidas. (Briceño, 2011. p. 68)

Eso somos los hijos del mestizaje, un ser humano nuevo que, rezando, cantando, bailando, batallando, “jugando,” bebiendo cocuy y escupiendo chimó acepta, enriquece y transmite toda su herencia, pero no solamente los sones de negro son una prueba edificante y ejemplar de ese hecho tan singular de nuestro ser latinoamericano y sobre todo venezolano, también lo es el “juego del garrote” arte marcial cuya filosofía y forma de asumir la vida en equilibrio, comparte las mismas raíces que los sones de negro.

En este sentido destaca el primer vector, la fiesta, del latín *fiesta* que significa reunión donde se expresa la alegría, es para Javier Ocampo López “... un conjunto de actos y diversiones que se organizan para regocijo público con motivo de un acontecimiento conmemorativo o para una celebración religiosa.” (González, 1998. p. 75). Ahora bien, si el objeto de atención investigativa es la fiesta de San Antonio, aquí nos encontramos con la fiesta religiosa por la gala que en torno al “santo” realiza la iglesia católica. Conmemoración que se refleja cada 12 y 13

de junio de cada año –como ya se ha señalado– (aquí se debe resaltar que al ser reconocida por el clero romano no es una fiesta Tabú. Y como tal goza de la aceptación de la sociedad en general como una manifestación religiosa y tradicional).

Tal y como se puede observar, la fiesta es un acto complejo de sociabilidad que funciona, además, como espacio para la edificación de las identidades colectivas, sean estas sociales o políticas. Aquí, conviene diferenciar en el análisis, el sujeto celebrante, que Marcos González –siguiendo a F. A. Isambert– ubica como “la colectividad que realiza la fiesta y la dota de significado”, y el objeto celebrado que designa “el ser o el acontecimiento evocado mediante los ritos y símbolos”, (González, 1998, p. 55). En el caso de la fiesta de San Antonio el sujeto celebrante es la Iglesia Católica y el objeto celebrante los sonos de negro a cargo de los cultores, los devotos y promeseros.

Con respecto al otro vector, sonos de negro, es más que evidente, que son una de las manifestaciones tradicionales venezolanas más complejas, como ya se señaló, tanto desde la trama étnica que revela desde una perspectiva diacrónica, perceptible como la integración de culturas indígenas, africanas y europeas, como de la complejidad relacional que expresa desde una visión de complementariedad sincrónica de los actores, hombres y mujeres involucrados en la celebración. En este sentido, es innegable el aporte realizado por el historiador Reinaldo Rojas en su obra “Historia social de la Región Barquisimeto en el tiempo histórico colonial de 1530 a 1810”, la cual nos muestra el hilo conductor a seguir, trascendiendo no solo como referente teórico y metodológico, sino también en el ámbito de las manifestaciones culturales como los sonos de negro o Tamunangue. Al respecto el mencionado académico nos dice:

Solo el Tamunangue nos coloca ante un universo cultural característico de esta integración de diversos sistemas artísticos

y de elementos culturales a partir del baile africano, los sonos de negros, al que se incorporan con el tambor también africano, el cuatro, las maracas y la voz de los cantores. Las faenas agrícolas, el mundo rural, el amor y la muerte que vibran en la vida cotidiana del campesino se transforman en letra y devoción a San Antonio de Padua. Ayer negros esclavos e indígenas sometidos a la encomienda, hoy campesinos curtidos por el sol y el esfuerzo que mantienen viva una tradición que incluye danza, música, poesía, religiosidad popular y producción artesanal de vestidos, instrumentos, tallas y alimentos propios del lugar, sin olvidar el cocuy, de ancestro aborigen. Un verdadero complejo cultural popular. (Rojas, 1995. p. 339)

Al observar detalladamente lo arriba resaltado, podemos entender completamente el alcance y la importancia de los planteamientos del mencionado historiador y académico antes señalado, a la hora de edificar cualquier investigación en el ámbito económico, social, político o cultural que tenga como marco contextual de desarrollo a la Región Histórica Barquisimeto, como es nuestro caso.

Algunas interrogantes que saltan a primera vista

No obstante, como parte de una comunidad discursiva desde el año 2007, donde nos hemos formado en el cultivo de la ciencia histórica, bajo el enfoque de la historia social, historia global o historia síntesis, con lo observado en la celebración de los sonos de negros, podemos generar en este punto algunas interrogantes que pueden servir de guía a la investigación en torno a la fiesta de San Antonio de alguna manera.

En este sentido, sabemos que se trata de una fiesta reconocida y promovida en un principio por la Iglesia Católica como institución, cuya preparación se hace entre el 12 y 13 de junio de cada año. Ahora bien, ¿qué pasa cuando termina el acto religioso y los celebrantes ya no se encuentran en presencia de la mirada supervisora de esta institución? ¿En cuanto a los sonos de negro,

son la misma celebración o hacen parte de otra que es encubierta por la oficial?

En cuanto a lo expresado, ¿los códigos culturales que se expresan en la fiesta de San Antonio de Cabudare, son los mismos que identifican a la fiesta en otros lugares de la Región Histórica Barquisimeto? ¿Hay diferencias entre los sones que se presenta como pago de promesas durante todo el año y el que se distingue en la fiesta de San Antonio en Cabudare? ¿Hay una tipología de sones de negro en Cabudare?

Con respecto a su procedencia ¿cuál es el origen de los sones de negro en Cabudare como manifestación de la cultura musical y dancística popular? ¿Cuál es la relación de los sones de negro en Cabudare con los grupos afrodescendientes que hacían vida en las haciendas cañeras de la otra banda del río Turbio?

En referencia a la fiesta, ¿cómo se asocian los sones de negro a San Antonio? ¿Cuál es la relación de la fiesta que se celebra a este santo en Cabudare con la fiesta en El Tocuyo? ¿Podríamos estar hablando en este caso de una cultura criolla madre mestiza? ¿Cuál es el alcance de la familia Yépez Gil y sus redes de sociabilidad como promotora de la fiesta de San Antonio y los sones de negro en Cabudare? ¿Los maestros del juego del garrote también tienen presencia en Cabudare? Estas son las preguntas iniciales que nos saltan a la vista al realizar un primer acercamiento desde la comprensión histórica del tema con la guía de la historia social con los aportes fundamentales de la mano de los maestros Pierre Vilar, Federico Brito Figueroa y Reinaldo Rojas, además de su contextualización adicional a través de los planteamientos de Juan Acha, Clifford Geertz, Néstor García Canclini, Rodolfo Quintero, Marcos González y José Manuel Briceño Guerrero por nombrar tan solo algunos.

Como se pudo apreciar, en este tipo de propuestas investigativas en el ámbito cultural dada su naturaleza, resulta imperioso

asumir un enfoque multidisciplinario que permita abordar la mayor cantidad elementos presentes en el mismo, con el propósito de desentrañar, comprender e interpretar la trascendencia de su rol como representación de nuestra identidad latinoamericana, caribeña y sobre todo venezolana, esto siempre con la mayor objetividad y respeto posible por los significados de sus códigos y símbolos los cuales lo hacen tan particular y característico dentro de un continuo social gestado por la una modernidad impuesta pero constituido y desarrollado en sus propios términos modernos, es decir, de una modernidad a otra.

Referencias bibliográficas

- Acha, Juan. (1984). *Ensayos y Ponencias*. México: Editorial Trillas.
- Aris, Yolanda. (2021a). *La economía de Palavecino durante el período colonial (1530–1810)*. El Correo de Lara [en línea]. Disponible en <https://correodelara.com/la-economia-de-palavecino-durante-el-periodo-colonial-1530-1810/> [Consulta 18/04/23].
- Aris, Yolanda. (2021b). *La economía de Palavecino entre 1830 y 1930*. El Correo de Lara [en línea]. Disponible en <https://correodelara.com/la-economia-del-municipio-palavecino-entre-1830-y-1930/> [Consulta 20/04/23].
- Báez, Fernando. (2008). *El saqueo cultural de América Latina. De la conquista a la globalización*. Editorial DEBATE.
- Briceño Guerrero, José. (2011). *El garrote y la máscara*. Mérida: La Castalia: Mérida.
- Cueva, Agustín (1985). *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Delors, Jacques. (1993). Preguntas concernientes a la seguridad europea. [En línea]. Disponible en file:///C:/Users/usuario/Downloads/Dialnet-

[toEstrategicoParaLaUnionEuropea-562699.pdf](#) [Consulta 28/04/23].

García Canclini, Néstor. (1990). *Culturas Híbridas*. México: Grijalbo.

Geertz, Clifford. (2001). *La Interpretación de las Culturas*. Ed. Gedisa. Barcelona.

González, Marcos. (1998). (Comp.) *Fiesta y nación en Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Perozo, Luis. (2013). *Cabudare alcanzó la jerarquía de pueblo gracias a sus vecinos*. El Correo de Lara [en línea]. Disponible en [2npbd6p/#:~:text=E1%201%C2%BA%20de%20mayo%20de,de%20la%20Provincia%20de](#) [Consulta 10/05/23].

Quintero, Rodolfo. (1976). *La Cultura Nacional y Popular*. Caracas.

Rojas, Reinaldo. (1995). *Historia Social de la región Barquisimeto en el tiempo histórico colonial de 1530 a 1810*. Caracas: Biblioteca Nacional de la Academia Nacional de la Historia.

Troconis de Veracochea, Ermila. (1977). *Historia de El Tocuyo Colonial*. Caracas: Ediciones UCV.

Yepes, José. (2003). *Tarabana*. Barquisimeto: Fondo Editorial Río Cenizo.

Documentales:

Alcaldía del Municipio Palavecino. (2021). Gaceta Extraordinaria N° 2.239 del 06/10/2021 Decreto A-22-10-21- SE DECLARA COMO PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL DEL MUNICIPIO PALAVECINO DEL ESTADO LARA A LA MANIFESTACION LOS SONES DE NEGRO TAMUNANGUE.

Gobernación del Estado Lara (1989). Decreto N° 91 (13 de junio Día del Folklore Larense).

Gobernación del Estado Lara (2002). Decreto N° 1134 (Se declara

Patrimonio Cultural Vivo del Estado Lara a la Manifestación Cultural Mágico-Religiosa Sones de Negro o Tamunangue) Gaceta Oficial del Estado Lara, 640.

República Bolivariana de Venezuela. (2014). Gaceta Oficial N° 40.460. (Se declara al Tamunangue como Bien de Interés Cultural y Fomenta la Difusión, Investigación, Educación, Protección y Salvaguarda de esta Manifestación Cultural Tradicional Venezolana).

UNESCO. (2005). *Informe de la XXXIII Asamblea General*. [En línea]. Disponible en <http://www.unesco.org/new/es/culture/themes/cultural-diversity/cultural-expressions/periodic-reports/>